

INTRODUCCIÓN

El presente libro no pretende ser una guía de lectura de *Un mundo feliz*, escrito por Aldous Huxley en 1931 y publicado por primera vez el año siguiente. Tampoco busca ser una interpretación o exégesis de lo que dejó plasmado Huxley en aquella obra. Él mismo hizo algo semejante en sucesivas ediciones de *Un mundo feliz*, especialmente en el prólogo a la de 1946, apenas acabada la Segunda Guerra Mundial, cuando los discursos de los mandatarios de los países vencedores ya anunciaban una división del mundo en dos bloques antagónicos, irreconciliables, que se enzarzarían en una discusión sangrienta durante al menos las siguientes cuatro décadas.

Tampoco es una obra para entender mejor qué quería decir el autor británico en aquella obra previa a la contienda mundial; eso ya lo hizo en 1958, con una serie de artículos publicados en la revista *Newsday*, recogidos en forma de libro bajo el título de *Nueva visita a un mundo feliz*¹, mucho más comercial² que el título que él había puesto: *Enemigos de la Libertad*.

El presente ensayo sigue más bien la estela de otros autores que, como David Garrett Izzo y Kim Kirkpatrick, tomaron algunos temas que Huxley puso sobre el tapete en su novela y ofrecieron una reflexión sobre ellos. Una de las dificultades que uno encuentra a la hora de afrontar semejante tarea es que Huxley describe de manera novelada y progresivamente su «mundo feliz», tocan-

do cien mil aspectos de la vida, abarcando mucho, profundizando poco; ese es precisamente el obstáculo a la hora de reflexionar sobre esa obra y sobre las características del mundo de hoy, donde es inevitable tratar infinidad de temas en unas pocas páginas.

¿Es el mundo de hoy similar al que describió Huxley en *Un mundo feliz*? ¿Asistimos a la realización de lo que describió el autor británico? ¿Cómo podríamos describir la sociedad actual? ¿Qué parámetros podríamos usar? La distopía huxleyana describe un mundo pulcro, limpio de todo elemento espurio, culminación de aquella utopía esbozada por los hombres de la Ilustración donde la razón utilitarista lo define todo, lo impregna todo. Lo útil es lo bueno, lo que hay que valorar. Eficiencia, eficacia, son términos que sustituyen a «verdad» o «bien», que son caducos, que ya no sirven ni para describir la realidad ni para construir el futuro inmediato.

El nacimiento de aquel mundo «perfecto», donde se busca la armonía y la paz social por encima de todo, no fue tranquilo, sino fruto de un parto doloroso, una guerra mundial que provocó millones de muertos.

El «nuevo mundo», construido sobre la base de la destrucción es un ejemplo de «civilización de la muerte», muy alejado de lo que sería una «civilización del amor» –ambas expresiones creadas por el papa Pablo VI y usadas por profusamente por Juan Pablo II–, una cultura donde la misericordia está a la orden del día, la compasión es moneda habitual, donde la creatividad y la originalidad buscan soluciones a un mismo tiempo eficaces y humanizadoras a los problemas que van surgiendo por el camino, ya sean individuales, colectivos o sociales, ya sean de naturaleza política, económica o prosaica.

A diferencia de Orwell, el de Huxley es un mundo feliz. Mientras que en el del autor nacido en la India el planeta viene marcado por la escasez³, el del autor originario de Surrey (Inglaterra) lo está por la abundancia, movido por el consumo, por una avidez por consumir cosas nuevas, por atesorar nuevas experiencias⁴. En esta última distopía, lo viejo es horroroso, des-

preciable, mientras que lo nuevo es atractivo, lo joven es admirable. Y esto es así en todos los órdenes, en el físico y en el inmaterial: allí no se creen aquello de que «la arruga es bella» y se desprecian los tiempos antiguos. Parecería que les hubiera poseído esa locura transitoria, reflejada en una costumbre italiana, que aún pervive en algunas localidades, de tirar por la ventana en Nochevieja objetos viejos, inservibles, para dejar espacio a otros nuevos. El culmen de este ritual se ve en la novela cuando describe el proceso por el cual las personas no envejecen –porque se les suministra un cóctel químico para mantenerles jóvenes por fuera, aunque sus órganos vayan acusando el paso del tiempo– y, además, cuando fallecen son incinerados y el fósforo de sus restos es reutilizado por quienes se quedan en este mundo.

Los avances en la ingeniería genética posibilitarán en un futuro no muy lejano el rejuvenecimiento celular, sin tener que recurrir a la ingesta de «soma» o de ningún otro «brebaje mágico». Probablemente, alargaremos nuestros años de vida hasta el entorno de los 130 años, además en muy buenas condiciones físicas, como afirman Léo R. Belzile, Anthony C. Davison, Holger Rootzén y Dmitrii Zholud en su estudio «Mortalidad humana a una edad extrema» (septiembre, 2021). Podremos alargar nuestra existencia, pero ¿seremos capaces de llenar de sentido ese tiempo precioso? Aunque vencamos al Alzheimer y al cáncer, hay una serie de preguntas que brotan del interior del ser humano que, si no se responden adecuadamente, pueden llegar a generar un vacío existencialista que puede inducir a desear la muerte, poner fin al sinsentido de la propia vida. Una vez más, se demuestra que el ser humano no es sólo materia, que la salvación del género humano no viene del progreso técnico, que la ciencia ayuda a vivir mejor, pero no da respuesta a los interrogantes últimos del ser humano.

Ante dichas preguntas, el hombre puede buscar respuestas –unas más acertadas que otras– en diversos lugares (la filosofía, la religión, la psicología), puede darse por vencido y resignarse a afirmar que no existe ninguna respuesta válida para sus inte-

rogantes más profundos, o bien puede rendirse, abandonar la lucha y evadirse –aquí la oferta es variadísima y cada día más–. Si en siglos pasados los seres humanos buscaron la Verdad, la respuesta a todas sus preguntas, en la actualidad se imita el comportamiento de aquella zorra de la fábula de Esopo que, al ver que no podía alcanzar las apetecibles uvas, simplemente determinó que estaban inmaduras; no es que en realidad fueran inmaduras, sino que la zorra reasignó el estado de maduración de la realidad que tenía enfrente, la determinó con su decisión consciente, fruto de una frustración personal por propia incapacidad, y optó por el camino más fácil, que es el abandono de la lucha, la negación de esa hambre profunda por conocer la verdad.

En el mundo feliz de Huxley, no existen los interrogantes, pues se han extirpado en un complejo trabajo que duró generaciones, similar al que se usa para obtener bonsáis. Un bonsái es un árbol normal y corriente, no ha sido modificado genéticamente, sino que ha sido mutilado en sus ramas y en sus raíces, ha sido modelado para dejarlo reducido a un tamaño manejable por el ser humano, aunque tenga décadas. El instrumento usado en su novela es el de la evasión. Sexo, drogas y ocio en general –fundamentalmente juegos complejos y viajes exóticos– son los principales medios para obtener tal fin. Y, a juzgar por lo que se lee en la novela, parece que son eficaces. Aquellos protagonistas ya no se preguntan acerca de nada, ni acerca del porqué de las cosas ni de su propia existencia. ¿Es cierto que sólo podemos pensar dentro de ciertos parámetros proporcionados por nuestro marco cultural? Por supuesto, parece que la capacidad de abstracción es inherente a la naturaleza humana y, por mucho que una persona o grupo de personas deseen someter a sus semejantes, obligándoles a pensar en determinados términos, los hombres son capaces de romper ese marco –*frame*– de pensamiento y adentrarse por selvas vírgenes e inaugurar nuevas veredas, originales formas de pensar, de concebir el mundo, el cosmos y las relaciones sociales.

Siempre es posible inaugurar un camino alternativo. La cuestión es saber cuánta gente es capaz de hacer eso, si ese esfuerzo merece la pena si, al final de todo un largo y doloroso proceso, te encuentras solo en tu hallazgo de la verdad, mientras el resto de la humanidad camina en las tinieblas, en la ignorancia más absoluta. No quiere decirse que no sean felices, pues como dice un viejo aforismo «la ignorancia es la felicidad», sino que simplemente no viven en la verdad. Para empezar, en la actualidad ya nos han convencido de que la Verdad no existe, que sólo hay opiniones parciales, todas igual de válidas, aunque sean contradictorias. Precisamente, al asumir todos que no existe la Verdad y que nuestro conocimiento es parcial, podemos convivir en paz, sin chocarnos, mi pretensión de verdad ya no entrará en contacto con las de los demás, no habrá confrontación ni debate real, pues nos hemos cortado las alas a nosotros mismos. Nos hemos autocensurado y ya no podemos ayudarnos a encontrar la Verdad.

Nadie se cuestiona nada en ese universo huxleyano, salvo raras excepciones entre millones y millones de seres humanos quienes, al parecer, son enviados a una isla remota donde podrán convivir con otras mentes despiertas, ya que si se les dejara en su entrono habitual podrían implosionar –volverse locos– o explotar –generar rechazo entre sus coetáneos o bien simpáticas que «degeneren» en disturbios, rebeliones o incluso revoluciones–. O bien son desterrados o bien son invitados a formar parte del Gobierno mundial –llamado en el libro «Consejo del Interventor»–, interesante concepto también, pasando a integrarse en esa estructura «al servicio» de la humanidad.

De todas formas, se ha aceptado muy alegremente que la Verdad no existe, al mismo tiempo que se acepta que hay sólo una verdad que se puede profesar si se quiere ser ciudadano de pleno derecho. Es lo que se conoce como la «dictadura de lo políticamente correcto» o, en palabras del cardenal Joseph Ratzinger «dictadura del relativismo». Así lo explicó en la homilía de la Misa *Pro Eligendo Romano Pontifice* de 2005:

A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos.

Se ha convertido en axioma dogmático lo que afirmó el poeta del siglo XIX, Ramón de Campoamor, «En este mundo traidor / nada es verdad ni mentira / todo es según el color / del cristal con que se mira». Y, por lo tanto, no existe la Verdad, ésta no puede ser descubierta, y por lo tanto nadie la puede defender. Ya no pueden existir las discusiones, ni los debates, como tampoco se pueden poner en duda las órdenes o las opiniones que provengan de quien detenta el poder, quien un día señalará una cosa como necesaria, imprescindible o fundamental y al día siguiente la podrá desechar sin reparos como algo totalmente accesorio. Así es de caprichoso el oleaje relativista: sin nada firme a lo que agarrarse, sin una verdad fundamental, no puede existir una casa de construcción sólida, sólo chozas hechas de elementos procedentes del reciclaje. ¿Para qué construir algo más sólido si quizás mañana será destruido?

Y si no puedo construir conocimiento cierto, opiniones bien fundadas, ¿cómo voy a construir relaciones sólidas, estrechar lazos, vínculos afectivos en los que confiar a ciegas? La familia no puede basarse sólo en el hecho objetivo natural de que los hijos son producto de la relación entre un padre y una madre; debe verse complementada con el afecto subjetivo inherente a esa condición objetiva. Si una persona se siente respaldada incondicionalmente por ese núcleo familiar, ¿cómo afrontará la vida? ¿Con seguridad, asertividad, o con temores, llena de complejos, agobios, ansiedades?

Por otro lado, ¿cuándo se sentirá más poderoso el Estado? ¿Frente a un ser individual, desconectado de una familia y también de un pasado nacional, de la patria, el lugar de nuestros ancestros? ¿Qué desean los poderosos de los gobernados? La cues-

ción es saber para qué les sirve esa sumisión. ¿Para producir más y mejor? ¿Para acumular más poder? ¿Para ser los más ricos del planeta y sentir que todos los demás te deben obediencia? ¿Y no hay nada más? Las personas que creen en la trascendencia, en que existe un plano de la realidad que no se ve a simple vista, pero sí que deja entrever algunos de sus frutos, adelantan la idea de un Gobierno mundial en la sombra que sería la avanzadilla del auténtico enemigo del hombre: Satán. Esta visión puede ser acusada de conspiranoica, porque no presenta pruebas tangibles, pero no puede ser acusada de visión simplista, pues la realidad que describe es bastante compleja, con un Dios omnipotente que creó al hombre a su imagen y semejanza, dotado de dignidad y libertad, y haciéndolo superior a los propios ángeles –los siervos mensajeros de Dios–, cosa que no agradó a uno de ellos –Lucifer–. Éste habría logrado convencer a un buen número de secuaces que ahora vivirían sometidos a él y que trabajarían en el campo espiritual para intentar atraerse a cuantas más almas humanas pudieran. Por supuesto, este líder se habría comunicado de alguna manera con algunos hombres y mujeres para generar un culto hacia su persona, con sus ritos y sacrificios. Podría ser todo esto un cuento fabuloso para asustar a ignorantes o para manipular a mentes débiles; la cuestión es que esos sacrificios y esos cultos son reales –como atestiguan no ya documentos con varios siglos a sus espaldas, sino atestados policiales e investigaciones judiciales de las últimas décadas–. Sea verdad o mentira la existencia del diablo, la cuestión es que hay gente que cree en él como su salvador y que le rinde culto como tal y que estaría trabajando en un sentido opuesto a quienes siguen a Jesucristo: mientras los cristianos desean plasmar el Reino de los Cielos en la Tierra, los luciferinos desean transformar este mundo según los cánones y los valores del antirreino –egoísmo, materialismo, hedonismo, soberbia, entre otros–.

Como recordaba Emilio Lamo de Espinosa en *Entre águilas y dragones: El declive de Occidente*, parece que el mundo está a punto de pasar página de la Historia (si no ha pasado ya), mien-

tras nosotros –Occidente– nos creemos que aún dominamos el mundo. No deja de flotar en el ambiente un cierto aroma a caída del Imperio Romano, a fin de civilización, más que un simple fin de ciclo. No quisiera que este ensayo fuera una enmienda total a Occidente, a cómo está «nuestro mundo» hoy, o una crítica amarga de las cosas que no funcionan. No hay en este libro reproches, la intención es hacer una radiografía un poco más profunda que lo que nos tienen acostumbrados los noticieros, que nos llevan de un asombro a otro, nos transportan de angustia en angustia, del odio a Trump al coronavirus, de ahí a los *Black Lives Matter* (BLM), luego a Filomena, después a la huelga de transportistas, más tarde a la guerra de Ucrania... de oca en oca y tiro porque me toca.

En las próximas páginas intentaré diseccionar algunos elementos que me parecen clave para explicar dónde estamos como civilización occidental, de dónde venimos (cómo estábamos hace cien años) y hacia dónde nos dirigimos (en las próximas dos décadas). Todo eso sin pretensión de pontificar, simplemente como una sugerencia, sin temor a equivocarme (que seguro sucederá en algunas de las cosas que diga) y sin querer guardarme nada.

Es una de las utilidades de una novela distópica, como *Un mundo feliz*, que nos va a servir como plataforma de lanzamiento para esta reflexión sobre el mundo actual. Una distopía se desarrolla en un escenario futuro. Es, por tanto, una apuesta personal. El autor coge algunos elementos de la sociedad en la que se mueve (en este caso la Inglaterra de los años 1920, pues la novela fue escrita en 1931) y hace una proyección hacia delante. Hace una previsión sobre cómo se desarrollarán esos aspectos que él piensa irán tomando cada vez más fuerza, en contraste con aquellos que irán desapareciendo poco a poco. Hay que advertir que, si tuviéramos una máquina del tiempo y viajásemos a hace tres o cuatro siglos, si le contásemos a cualquiera cómo es nuestro mundo, no nos creerían. En efecto, el mundo gira y gira, y la Historia avanza y avanza, y el ser humano... a veces progresa y a veces se hunde en la miseria moral más profunda.

A lo largo de este libro, procuraré tomar algunos de los aspectos más sobresalientes de la novela, de la trama, de las apuestas que hace de futuro, para ver si se han cumplido o no y en qué medida lo han hecho.

De nuevo, repito esa pequeña advertencia: el «mundo» que voy a describir es, en realidad, sólo Occidente. Me pararé poco a analizar cómo ven en otros continentes la actualidad o cómo se entiende allí la sociedad. Si acaso haré alguna pequeña incursión por otras latitudes. Pero no tendría mucho sentido derivarme por allí más que por la próspera Europa; sería como ver arder Roma y ponerme a cantar sobre cómo arde Troya. El incendio hoy está aquí. El mundo que está dejando de existir es el nuestro, el que nos parecía tan familiar en la década de 1990 y hoy es prácticamente irreconocible. Eso sí, como decía Kissinger hace ya un par de décadas, el mundo ha dejado de girar en torno al eje del Atlántico y ya está girando en torno al eje del Pacífico. No es que Kissinger esté enamorado de China, sino que ve que el tiempo de la *Pax Americana* ha pasado y comienza la era del Imperio Medio, de China.

Espero que el lector no se lleve una sensación de nostalgia o de lamento. Decía el Papa Francisco en su *Evangelii Gaudium* (n. 84) que «Los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer». Así pues, la descripción de nuestro querido languideciente Occidente (sin energías, en terminología orteguiana, sin fuerzas vitales para enfrentarse a la que se avecina) no debe llevarnos al pesimismo. El diagnóstico no es nada halagüeño, la descripción de algunos aspectos de nuestra civilización no es precisamente agradable de ver, pero eso no debe llevarnos al pesimismo. Decía san Agustín «Los hombres dicen que los tiempos son malos, que los tiempos son difíciles: vivamos bien y los tiempos serán buenos. Nosotros somos los tiempos: así como nosotros somos, son los tiempos» (Sermón 8, 8). Y el santo de Hipona no vivió precisamente en la mejor de las épocas (354-430); de hecho, el de Tagaste murió pre-

cisamente durante el asedio de los vándalos de Genserico contra su ciudad, Hipona. También san Agustín, el padre de Adeodato, sufrió en sus carnes un cambio de época, fue testigo de un relevo civilizacional, aunque quedarían muchos años hasta que en el 476 se diera por concluido el Imperio Romano de Occidente con la claudicación de Rómulo Augústulo, el emperadorcillo de tan sólo 13 años.

Miremos, pues, este mundo nuestro que se desmorona, no para tocar la cítara y cantar con nostalgia mientras la Urbe arde sino para tomar conciencia de dónde estamos y de qué oportunidades, realistas, tenemos por delante para seguir ofreciendo sal y luz a este mundo, el que sea que surja en los próximos años.